

MARAVILLAS BASCO-NABARRAS.¹



El camino y puerto de San Adrian.

II.

El portal de la ciudad de Vitoria por donde, durante muchos siglos, se salió para ir á Francia, fué el de San Ildefonso, sobre cuyo arco se veneraba el Cristo de este nombre, hoy reverenciado en la capilla inmediata con gran devocion de los vitorianos. Partia de allí el camino viejo de Arana, único de Francia, y pasando por Elorriaga, Zurbano, Arbulo, puente de Guevara, Audicana y Luzuriaga, tomaba en Galarreta la subida del puerto. Pasado este, y ya dentro de Guipúzcoa, bajaba á Cegama, y bordeando el rio Oria, avanzaba por Segura, Lazcano, Villafranca, Alegría, Tolosa, Irura, Villabona, hasta Andoain, desde donde seguia la direccion de Urnieta, Hernarni, Astigarraga y Renteria, para cruzar el Bidasoa en Irun.

Las dos provincias hermanas cuidaron siempre, con especial empeño, de mantener en buen estado esta importantísima via de comunicacion, y asi resulta de multitud de testimonios, que tengo á la vista. En 1697, por ejemplo, la de Guipúzcoa escribió á la de Alaba a fin de que concurriera á su reparo, y se enviaron «á Segura y demás Repúblicas confinantes con Alaba, las provisiones para obligarles al reparo de los caminos de su jurisdiccion» librándose á aquella villa cien escudos de plata con ese objeto. Dicha villa representó á la Di-

(1) Véase pág. 58 del tomo anterior.

putacion poco despues que se hallaba cerrado de nieve el camino, y por su peticion se acordó escribir tambien á Alaba, cuyo diputado ordenó á los pueblos confinantes que concurrieran á la apertura del camino, en cuantas ocasiones lo avisase Guipúzcoa.

Idénticas disposiciones se leen, entre otras, relativas á los años de 1516 al 1565; giráronse por real provision, por el Corregidor de Guipúzcoa, algunos reconocimientos desde 1577 á 1590; se reparó todo el camino, desde San Adrian á Fuenterrabia, en 1613 y 1644 y en el citado de 1697, y se proyectó arreglarlo para el tránsito de carros en 1736 y siguientes. Al mediar el siglo XVIII llegó para este camino famoso, al través de los siglos, la época del abandono y del olvido. La provincia, «de motu proprio», proyectó hacer un camino real de coches, empezando de la villa de Salinas de Leniz hasta la Universidad de Irun en la raya de Francia, «de diez y ocho leguas legales de longitud con veintidos piés de anchos y encargó su ejecucion al maestro Francisco de Ibero, que hizo los proyectos y planos para los dos distintos, para el de Salinas y para el de San Adrian, en 1752. Fomentaron el proyecto el Corregidor D. Pedro Cano Mucientes y D. Martin José de Areizaga en 1756; y al año siguiente se nombró la comision ó junta directiva del camino, compuesta de D. Nicolás Altuna, D. Vicente de Basozabal, D. Manuel Francisco de Alcibar y el conde de Peñaflovida, justipreciándose toda la obra en 377.382 reales, de los cuales la Provincia contribuiria con 147.507 y «todas las Repúblicas, por acuerdo de sus Procuradores Junteros,» con los restantes 229.875. El rey Cárlos III manifestó el verdadero aprecio con que veia estos progresos, y encargó que se le enviara «un Plancito (sic) que demostrase los lugares por donde pasará el nuevo camino.» Placencia, Vergara, Oñate y San Sebastian, acordaron muy pronto construir nuevos ramales hasta el camino real de coches, de las mismas condiciones que este, (1762 á 1765). El comisionado de Bizcaya D. Manuel de Salcedo, escribió una memoria acerca del modo de herrar los carros, para que no destrozasen el camino real, y la Provincia hizo copiar sus instrucciones para ponerlas en práctica, en 1770.

A pesar de los proyectos del maestro Ibero y de haber aprobado la provincia (el sostenimiento del camino de San Adrian), á pesar de los esfuerzos constantes de la Parzoneria de Segura, á pesar de la costumbre de los pueblos y de los traгинantes y viajeros, sucedió lo que sucede siempre con las mejoras que trae en pos de sí el progreso;

la nueva carretera de Salinas mató á la via secular, y bien pronto quedó ésta abandonada, en términos que, medio siglo despues, no se conservaba en el país, como no se conserva hoy, ni memoria de que, para ir y venir de Castilla á Francia, habia un camino que atravesaba la altiva y nevada montaña de Araz, por un maravilloso subterráneo. Y mucho más abandonado quedó ese trayecto desde que la provincia de Alaba, continuando los trabajos de Guipúzcoa, abrió su carretera de Arlaban á la raya de Castilla. Hizose el proyecto en 1765, por acuerdo de las Juntas, que nombraron Director á Francisco de Echanove, vecino de Mañaria, «maestro muy hábil en su profesion, fundado en reglas de Geomethria y Mathematica» (*Juntas generales ordinarias de Santa Catalina*); y Comisario de esta empresa á D. Juan Antonio de Sarralde, procurador General de la hermandad de Adzua, acompañándoles en su trabajo de formacion del proyecto, el maestro Manuel de Oloriz, vecino de Pamplona. En dicho año se remató la ejecucion de los siete trozos en que se dividió el trayecto, presupuestado en 1.144.634 reales y 3 maravedis, habiéndose conseguido una baja de 53.106 reales y 2 maravedis. Para obtener estos recursos, se puso un arbitrio de 2 maravedis en cada azumbre de vino que se consumiese en la provincia, por espacio de dos años. (*Junta del 20 de Noviembre de 1765*). En 14 de este mes reconoció y aprobó los proyectos, despues de recorrer la provincia, el Sr. D. Cárlos Bernazconi, delegado del Rey. Era entónces diputado general el señor D. Bartolomé José de Urbina y Zurbano, marqués de la Alameda, quien, con todo empeño, empezó á realizar esta grande obra, honra de la provincia. Y, por espacio de un siglo, abiertas esta y otras muchas carreteras, cundió por ellas la animacion hasta que otro progreso vino á privarles de su capital importancia. De nuevo el camino para Guipúzcoa y Francia se dirigió en la via férrea como el antiguo desde Vitoria hácia el Oriente, marchando casi paralelo á él, yendo á pasar la cordillera de San Adrian, no por lo alto, por el túnel, sino por el pié, por la angostura de Eguino, y los trenes movidos por el vapor, que en las hermandades alabesas siguen casi el mismo trayecto que aquella gran vereda secular, van á buscarla de nuevo, al traspasar la misma sierra, en las márgenes del Oria.

Triste y solitario se encuentra hoy el puerto de San Adrian, llamado en su verdadero nombre LEIZARRATE, desde los primitivos tiempos, con esa propiedad con que la lengua bascongada lo denomina

todo. *Leiza*, *lezea*, significa agujero, profundidad, abismo; y *arrate*, puerto de montaña, (*ar* piedra, *ate* puerta). Por él pasaron centenas de generaciones y todos los personajes que en la historia figuran en nuestras guerras y relaciones con Francia. Por allí se dirigieron muchas veces á morir, en defensa de la integridad de la pátria, en los muros de Fuenterrabía, los tercios alabeses. En aquella cueva, bajo aquel pórtico colosal, el bachiller Estensoro, natural de la inmediata villa de Segura, «hizo la plática» y entregó las llaves de la provincia al emperador Cárlos V cuando fué á visitar á Guipúzcoa. En las paredes de aquella gruta dejaron escritos sus nombres, como los recuerda Braunio, millares de pasajeros, gentes oscuras, valerosos capitanes, ilustres viajeros.

Hoy, tan solo para el curioso ofrece atractivos la maravillosa montaña. Claro es que no se ven desde ella los dos mares, como lo oyó decir el P. Mariana (Lib. I. Cap. II), ni como lo afirmaron J. Vasco y el P. Murillo Velarde. Animado por tales aseveraciones, se decidió el inmortal P. Manuel de Larramendi á llegar hasta la cumbre del Araz. «Quise hacer por mí esta observacion—dice en su *Corografía de Guipúzcoa*.—Subí hasta lo más alto del camino, y viendo que faltaba mucho para trepar hasta los peñascos eminentes que hay en la cima, me desanimé de cansado y lo dejé.»

¿Pero para qué ver los dos mares? ¿Hay cuadros más admirables, aunque más distintos, que el que se distingue desde la entrada del subterráneo en Alaba, mirando al mediodía, y que el que se contempla desde su salida, en Guipúzcoa, mirando al Norte? Los atractivos son tan grandes que bien merecen disfrutarse por las gentes animadas y curiosas del país, realizando una expedicion á aquellas alturas, en la época de buen tiempo.

Para los viajeros que en otros tiempos venian atravesando las llanuras y valles franceses y las hondonadas y montes de Guipúzcoa, el asomarse á la boca del paso y dar vista á Alaba ofrecia todos los caractéres de una asombrosa aparicion. Lo mismo sucede hoy al que por pasatiempo, sube á la gruta desde cualquiera de los pueblos de nuestra provincia. Inmenso, amplísimo horizonte se dilata por todas partes. El panorama es indescriptible. Aquel anfiteatro de montañas azules abarca un espacio de muchas leguas. No hay ojos para ver. Allá al mediodía se desvanecen, muy léjos, las sierras de Aracena y de Pancorbo en el límite de Búrgos; y más cerca, con tonos detalla-

dos, en la de Toloño, los picos del Mare, Virgen de Toloño, Bolumbalache, Recilla y Toro, y en la de Cantabria los del Castillo, Tirgo, Villafría, Bernedo, Villahermosa, La poblacion, picos de Codes y la eminente cima de Yoar, sobre Santa Cruz de Campezo. Más acá, cerrando la llanada de Alaba, se destacan los montes de Vitoria, el alto de Tuyo, la histórica Oca ó paso de la Puebla con su castillo, el de Gomecha, el de Zaldiaran, el de Santa Cruz, los de Oquina; los montes de Iturrieta, los altos de Idiagaña y Capildui. Unense á estos, cerrando el cuadro por Oriente, los altos cercanos de Encía y Urbasa, desde el puerto de Eguileta hasta la entrada de la Borunda. Al occidente dominan á la extensa y oscura sierra de Badaya las siluetas de las de Arcamo y Arretejas, Guibijo y Santiago, y por encima de la de Arrato y del corte de Zaitegui, dibújense los crestones de las grandes de Altube. El gigante Gorbea, rival de Araz y Aitzgorri alza su majestuosa mole al Norte, cuyas derivaciones, avanzando hácia el llano vienen hasta Nafarrate y Araca, confundándose en un mar de pequeñas ondulaciones con la de Arlaban, cuya cima y puerto quedan ocultos detrás de la gran mole de la sierra de Elguea, que desarrolla á la izquierda de San Adrian sus ásperas y múltiples vertientes.

Y dentro de este colosal marco de montañas, se alzan en pintoresco relieve centenares de pueblos; Vitoria en medio del gran paisaje, las históricas colinas de Jundiz, Estibariz y Guevara y tantos y tantos detalles curiosos, tantos lugares llenos de recuerdos, que indudablemente, no hay sitio, ni tribuna, ni cátedra más apropiado que aquella grandiosa ventana de la sierra, para poder dar á un millar de oyentes la más curiosa y natural conferencia que cabe, acerca de la geografía é historia de nuestro pueblo alabés.

Atravesado el túnel y bajando á la boca que dá á Guipúzcoa, el cuadro es completaniente diverso, pero igualmente admirable. Desde allí sí que se puede decir que esta provincia es el «pozo y el mar de montes.» La vista se ofusca, no acertando á distinguir bien, hasta que pasan algunos segundos, los distintos planos á que corresponden aquellas diversas cadenas de montañas. Avanzando un trecho en la carretera ó tomando posicion en una de las mesetas inmediatas al túnel, se ven, á la derecha, las vertientes del Araz y las de la sierra de Alzania: á la izquierda, las eminentes peñas de Aitzgorri, y la ermita de las Nieves, que ocultan á Aranzazu, y al frente, los altos de Marinamendi, Izubiaga, Añabaso, Otzaurte (donde está el túnel del ferro-

carril del Norte) y Aztio. En los altos valles de la izquierda se esconde la verde dehesa de Urbia, la de los pastores primitivos y de los quesos incomparables; la de Olza y los prados de Arbelar. Abajo, en el centro de estos montes, se esconde Cegama, villa ántes feudal, de señorío de los Ladrones de su nombre, y centro hoy de animadas industrias. Tenia hace 15 años una fábrica de papel, tres de hierro, dos de loza ordinaria y ocho molinos harineros, y aunque para algunas de aquellas trajo la guerra civil fatal paralización, trabajan en cambio las restantes y una de galletas, otra de cajas de fósforos y otra de achicoria. No solo animan á estas industrias los saltos de agua, sino que producen el movimiento necesario para alimentar tres grandes focos de luz eléctrica, que alumbran al pueblo y que honran á la iniciativa y cultura de la casa de Garmendia. En su parroquia de San Martín está la suntuosa tumba del célebre caudillo Zumalacarreñu. En la bajada de la cuesta de San Adrián nace el Oría, en la curiosa fuente de Iturbeguieta (*Itur-begi*, ojo de la fuente.) Al Noroeste del grupo central de Cegama ocultan á la villa de Cerain los altos de Aizpuru, Barbaria, Oa, Aizpuru, Otañu, Elustizain y Apastdoza. Numerosos caserios desparramados forman la villa, célebre en otros tiempos, como la inmediata de Mutiloa, por las abundantes minas de hierro y de plomo que en sus montes se explotaban. Tras de los altos del norte de Cegama está Segura, en una eminencia, sobre la derecha del rio, ostentando su esbelta torre, la mejor de la provincia. El párroco de esta iglesia era prior de la ermita de Sancti-espíritus, situada á corta distancia de la salida del túnel de San Adrián; como la que existió dentro del mismo y dió nombre al subterráneo, perteneció á D. Ortuño de Aguirre, marqués de Monte-hermoso, vecino del Campillo en Vitoria. Fué Segura pueblo fortificado de mucha importancia y capital de las 12 villas y lugares que le rodean.

Más al norte, detrás de los cerros de Aranzumendi está Idiazabal, cuyos alcaldes, con vara alzada, pasando por la calle mayor de las villas de Segura y Cegama, subían á este puerto todos los años, en procesion con el pueblo, á la basílica de Sancti-espíritus, el tercer día de Pascua de Pentecostés; y no léjos se alza la muy histórica villa y universidad de Lazcano, pátria y residencia de los insignes señores de este apellido, jefes del bando oñacino, señores de Contrasta, cuyos recuerdos ilustran no sólo la historia de la provincia, sino la de la pátria.

De uno de ellos, héroe de Fuenterrabia, conserva la tradicion bascongada este recuerdo:

«Juan de Lazcano belzarana,
Gipuzkoako kapitana
Franzes osteak jakingo dik,
Ura Ondarrabian zana.»

Estas y otras. muchas glorias de los guipuzcoanos se vienen á la mente, en aquellas alturas, al recorrer con la vista los lugares y puntos famosos, que guardan los repliegues de las pintorescas montañas que desde allí se distinguen y por encima de las cuales, en los días despejados, se vé fulgurar, á los rayos del sol, allá en los últimos límites del horizonte, la hermosa y dilatada línea del mar cantábrico.

Estos breves párrafos, dedicados al camino y puerto de Leizarrate, ó de San Adrian, son el prólogo de su descripcion detallada, que despues de una excursion especial, que harémos algunos vitorianos y salvaterranos, he de escribir en la edicion grande é ilustrada que preparo (D. V.) del «Libro de la naturaleza, historia y fueros de la provincia de Alaba.»

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

